

«IN MEMCRIAM» DE MAX THURIAN (1921-1996)

I. LA NOTICIA DE LA MUERTE Y LA ACCIÓN DE LA MEMORIA

Mediaba el mes, cuando en plena canícula agostiza saltaba la noticia a los teletipos: el teólogo de Taizé moría por las mismas fechas en que había nacido. Max Thurian abandonaba para siempre los foros ecuménicos. De hecho, después de haber entrado en comunión plena con la Iglesia Católica, se había ido alejando de ellos poco a poco, a caballo entre su retirada a Ginebra y su reclusión en la vida monástica, a cuya restauración entre los protestantes había consagrado su vida. Sólo cortas estancias vacacionales en Nápoles le alejaban de sus escenarios habituales, y le permitían cumplir con su condición de sacerdote encardinado en la diócesis meridional italiana.

Lejano quedaba ya aquel 5 de enero de 1942, cuando, en plena guerra mundial, se citaba con un joven sólo cinco años mayor que él, Roger Schutz, para secundar la aventura religiosa que hoy es la comunidad de Taizé. A los dos jóvenes suizos se les unirían otros dos compañeros y, de 1942 a 1944, esperando que el fin de la guerra les permita habitar la colina de Taizé, programaron la fraternidad ecuménica. El pequeño grupo, que atiende a los refugiados de guerra y comienza a ser frecuentado por jóvenes inquietos, recita el oficio divino en la drásticamente protestante catedral de San Pedro, en la Ginebra de Calvino, la ciudad donde había naci-